

peleó durante todo el día; pero del arte militar fué la ventaja. Perecieron muchos suizos: otros clavarón en tierra la punta de sus alabardas, y algunos de ellos volvieron á pasar por los valles en donde poco antes habian resonado sus cánticos de ávida esperanza. Mantuviéronse tranquilos por el momento, si bien no tardaron en sobrevenir nuevas ocasiones de guerra, y los de Uri invadieron de nuevo la Levantina para no desprenderse ya de ella hasta las últimas revoluciones. Así tuvieron abierto el paso para la Italia, y en lo sucesivo pudieron llegar á perder en estas tantas vidas que hubieran empleado más útilmente en consolidar su libertad.

Siempre atenta Florencia á defender la independencia italiana, acechaba con recelosa mirada los progresos de Felipe Maria. Se habia convenido con él en que el Magra y el Pánaro fuesen los confines, fuera de los cuales no pudiesen adquirir posesiones ni ejercer su influencia (1423). Pero como el duque se habia atribuido la tutela del príncipe de Forli, y como alegaba pretensiones á Sarzana, los florentinos le declararon la guerra (1424). En ella fueron derrotados seis veces por Agnolo de la Pergola, Oddon de Montone, Pandolfo y Carlos Malatesta, y por último, Nicolás Piccinino que peleaban á su sueldo. Hiciérase para ellos grande el peligro, si el duque, fiel á sus costumbres de aborrecer á aquellos á quienes debia agradecimiento, no hubiera descontentado á Carmañola. Este valeroso capitán tenia el título de conde, y tanto en feudos como en retribuciones disfrutaba una renta de cuarenta mil florines. Quizá Felipe Maria aspiraba á arrebatarle donaciones que se habian hecho más bien por coacción que por generosidad de corazón: quizá Carmañola por su parte se hallaba poco recompensado en comparacion de Esforcia, Attendolo y Braccio, que se habian hecho señores independientes. Es lo cierto que el odio ocupó el lugar de la amistad. Viéndose desdeñado Carmañola, se alejó del duque para ponerse al servicio de Florencia con una gran reputacion y con numerosas fuerzas; y en breve para vengarse de un señor ingrato, negoció una alianza (1426), de la cual formaron parte Venecia, el marqués de Ferrara, el señor de Mantua, los sieneses, los suizos, el rey de Aragon, los duques de Saboya y de Monferrato.

**Batalla de Maclodio.**—Felipe supo conjurar el peligro sembrando la discordia entre los aliados: después celebró la paz en Ferrara por mediacion del papa, haciendo cesion de Brescia y de ocho aldeas fortificadas junto al Oglio. Como estas cobardes concesiones dejaban á Milan al descubierto, los nobles ofrecieron al duque diez mil caballos y otros tantos peones, si queria volver á empezar las hostilidades: de consiguiente, se dispuso á enganchar las bandas que habian licenciado los venecianos, pero fué batido en Maclodio por Carmañola (1427). Reanudóse la paz para ceder en seguida el puesto á la guerra: después hubo nuevos

pactos seguidos de violaciones nuevas, segun la versatilidad de Felipe y la índole de los ejércitos de aquel tiempo.

A tales condiciones se hallaba sujeta Italia, que no obtenia gloria de la guerra, ni tranquilidad de la paz. Las tropas mercenarias eran las únicas que combatian, sin estar animadas por el amor de la patria, de la gloria, de la libertad; terminábanse de consiguiente las batallas sin gran efusion de sangre, en atencion á que tan luego como parecia adversa la fortuna, aquellos que llevaban la peor parte, rendian las armas, segurísimos de que habian de encontrar muy en breve un nuevo comprador. Por otra parte, los guerrilleros estaban de acuerdo entre sí para hacerse recíprocamente el menor daño posible. En Maclodio ocho mil soldados de Felipe Maria quedaron prisioneros de Carmañola, quien, tratándolos como á compañeros de armas, les envió libres: en su consecuencia, volvieron al duque sin haber perdido otra cosa que sus armas. Receloso el gobierno de Venecia, vió con disgusto aquella generosidad de Carmañola: sospechó que existian inteligencias entre él y Felipe. Así pues, en el momento en que la escuadra milanésa destruyó junto al Po la de los venecianos (1431), éstos le imputaron aquel descalabro, y resolvieron desembarazarse de su persona.

**Muerte de Carmañola.**—Pero no era cosa fácil prender á un capitán en medio de un ejército que le era adicto. Por eso fué invitado á dirigirse á Venecia bajo el pretexto de que la favoreciese con los consejos de su experiencia: hiciéronse todos los honores posibles; después, en virtud de órdenes de los Diez fué preso, juzgado secretamente y condenado á muerte (1432), y el pueblo tembló, pero aplaudió (18).

Pasando alternativamente Felipe de la amistad al odio, temblaba y oprimia á un mismo tiempo, se escondia y amenazaba. El emperador Segismundo, que se hallaba en completa ruptura con Venecia por la adquisicion de Zara (1413), invadió la Marca de Treviso, y tuvo intenciones de dirigirse á Lombardia sin armas. Hiciéronle los tiranuelos del pais la más benévola acogida. En Cremona subió en compañía del papa al torreón, desde donde paseó sus miradas por las llanuras de Lombardia, y Gabrino Fondulo confesó en los últimos instantes de su vida que la única cosa de que se arrepentia era de no haber arrojado al uno y al otro al suelo desde aquella altura (19). El em-

(18) Fray Pablo Sarpi, que elogió todo lo que es tiránico, escribe: «que fué antigua alianza de la circunspeccion veneciana el haber tenido escrupulosamente oculta por ocho meses la resolucion de la muerte del conde Carmañola.» La publicacion de las actas de aquel proceso no asegura su crimen, pero se sospecha.

(19) Tambien en Roma cuando Carlos V quiso subir en 1536 á la abertura de la cúpula del Panteon, un tal Crescenzi, que le habia acompañado, dijo á su padre que habia tenido intenciones de tirar abajo al emperador para

perador recibió en Cantú el homenaje de Felipe Maria, quien no quiso admitirle en Milan á pesar de todo. Instituyó vicarios imperiales á los jefes gibelinos para cohonestar su tirania.

Enojado de las incesantes querellas entre la Bohemia y la Alemania, pensó mucho después de esta primera excursion en volver á pasar al otro lado de los Alpes para hacer allí una aparicion solemne, segun la costumbre de sus antecesores; y llegó á Milan con dos mil hombres de á caballo más bien para servirle de comitiva que de defensa. A pesar de que Felipe Maria habia solicitado aquel viaje en odio á los venecianos, sintió de repente desconfianza, se encerró en el castillo de Abbiatograsso, sin avenirse siquiera á ver al emperador, quien se hizo coronar en San Ambrosio. Así, temido y temeroso en Milan, mal mirado en Toscana como amigo del duque, siempre escaso de dinero y de soldados, cruzó miserablemente la Italia para dirigirse á Roma, á fin de determinar al papa á que aceptase el concilio de Basilea; pero no habiendo conseguido siquiera esto, volvió á Alemania después de haberse hecho coronar.

**Attendolo Esforcia.**—Un jefe de bandas se habia conciliado el valimiento de Felipe Maria: era Francisco Esforcia. Unos hombres que iban reclutando soldados, ofrecen cierto día á un campesino de Cotiñola, á quien encuentran cortando leña, que tome servicio con ellos. Titubea, y para decidirse, tira su azadon contra un árbol, resuelto á guardar su oficio si cae al suelo. Como queda entre las ramas acepta la proposicion, empuña las armas, y por su denuedo adquiere el sobrenombre de Esforcia. Avanza gradualmente y llega á ser jefe. Le toma á su servicio el rey Ladislao, le hace condestable del reino y le dona siete castillos en el patrimonio de San Pedro. Adquiere luego otros como tributario de la república de Siena, y llama á su lado á sus deudos, todos gentes sóbrias, acostumbradas al trabajo, é interesadas en sostenerle como á su único apoyo, y les da mandos en el ejército. Es encarcelado á la muerte de Ladislao; pero en breve se le reconoce como necesario, y recupera su privanza. Nombrado alférez de la Iglesia, pelea contra Braccio de Montone, y amenaza al papa con obligarle á decir cien misas por un dinero; pero no triunfa contra un valor más hábil y más prudente. Como se discutiese acerca de la fórmula del juramento cuando Juana II le confió el baston de mariscal, se puso á decir la reina: «Consultádselo á él mismo: tantos me ha prestado y tantos ha prestado á mis enemigos, que nadie mejor que él sabe el modo de comprometerse y de relevarse de un compromiso.»

**Francisco Esforcia.**—Después de haber representado el principal papel en las guerras de la

vengar el saqueo de Roma; á lo que le respondió el padre: *Hijo, esas cosas se hacen y no se dicen. Relacion manuscrita del saqueo de Roma en la biblioteca del Vaticano.*

Baja Italia, se ahoga en el vado de Pescara; y estaba á punto de desbandarse su ejército, única garantia de las posesiones que los príncipes le habian concedido por miedo, pero su hijo Francisco conservó unidas estas tropas y obedientes sus altaneros oficiales, dando muestras de aquella diestra política que debia luego elevarlo á la más hermosa soberania de Italia. Habiendo adquirido una gran reputacion en todos los hechos de armas que tuvieron lugar en aquel pais, y comprendiendo lo que valia una buena espada, no estaba ya contento con los dominios que habia heredado de su padre, y dirigia sus miras á mayor altura. Viendo que su importancia iba siempre en aumento, hizo que le prometiera Felipe la mano de su hija natural Blanca; pero apenas se vió el duque libre del peligro, sintió haber empeñado la promesa y rehusó cumplirla. De consiguiente se alejó Esforcia, y estableció en el territorio de Ancona un marquesado bajo la soberania feudal del pontífice; no bastándole después sus recursos para el sostenimiento de sus tropas, se comprometió al servicio de los florentinos. Habian continuado la guerra con varia suerte, hasta el momento en que Nicolás Piccinino, que habia tomado el mando de las tropas de Braccio de Montone, muerto en Aquila, poco después que Attendolo, se puso al servicio de los Visconti, y los derrotó á orillas del Serchio, quitándoles su artilleria, sus municiones y cuatro mil caballos. De consiguiente, los de Florencia después de haber asalariado siete ejércitos con admirable constancia, se hallaron reducidos á hacer cesion de Luca y á celebrar la paz.

El pérfido Felipe, fingió entonces licenciar á Piccinino, dándole por instruccion secreta que fuera á talar la Toscana (1433). Obligada con esto Florencia á hacer nuevos aprestos militares, tuvo á dicha poder atraer bajo su bandera al valeroso Francisco Esforcia. De esta suerte se hallaron uno frente á otro los dos capitanes más insignes de aquel tiempo, representantes de las dos antiguas escuelas de Attendolo y de Braccio. Pero la guerra se hizo en un principio con lentitud, por no querer Francisco Esforcia indisponerse por completo con el duque, ni deshacer un Estado de que esperaba ser soberano. Sin embargo, cuando se vió burlado por la doblez y la astucia de Felipe Maria, arrojó la máscara, y se resolvió á admitir de los venecianos y de los florentinos el baston de mando, con nueve mil florines al mes de los primeros, y ocho mil cuatrocientos de los segundos.

Desde este momento hubo competencia de valor y de destreza entre los dos generales, todo con gran perjuicio de Venecia, de Toscana, de la Marca de Ancona, donde sembraban alternativamente el estrago. Brescia tuvo que sostener de nuevo un sitio célebre, durante el cual Brigida de Avogrado se puso al frente de las mujeres de la ciudad para repeler á Piccinino. Los venecianos, á quienes las amenazas del marqués de Mantua impidieron enviar naves por el Pó al Mincio, y

desde allí al lago de Garda, hicieron remontar el Adige á dos grandes galeras, á otras tres medianas y á veinte y cinco barcas; arrastrándolas luego á fuerza de caballos por la montaña intermedia las echaron al lago; pero Piccinino dispó el espanto causado por esta operacion maravillosa incendiando la escuadrilla.

¿Qué importan á la historia las ciudades tomadas y perdidas, las fortalezas arruinadas, asesinatos y traiciones, mezcladas de combates, y todos aquellos padecimientos de una muchedumbre sin nombre? No nos habla más que de los jefes y nos hace ver que en aquel género de lucha á precio convenido, un capitán, hoy vencido, volvía á aparecer orgullosamente mañana al frente de otro ejército no menos numeroso que el que tenía antes de la derrota. Así se eternizaban las guerras, agotando el tesoro, empobreciendo al pueblo sin proporcionar seguridad contra el enemigo; y las paces celebradas por necesidad se violan por capricho. Piccinino, aunque güelfo, no hace caso de escuniones, comparándolas á las cosquillas que sólo las siente quien las teme. Después de haberse hecho soberano de Pontremoli y de Bolonia, es adoptado por las familias de Visconti y de Aragon. Entonces los otros capitanes asalariados por Felipe pretendieron tener soberanías. Ludovico San Severino quería á Novara; Luis del Veune á Tortona, Tailan Friulano á Bosco y á Frugarolo; de modo que el duque que había despedido á Esforcia por no hacerle soberano, le volvió á llamar, escogiendo el menor entre dos males, y acabó por concederle la mano de su hija, dándole en dote el condado de Pontremoli y Cremona (1441). La paz de Cavriana reintegró en sus primeros límites al duque, á las repúblicas de Venecia, de Florencia, de Génova, al papa y al marqués de Mantua.

Deseoso Francisco Esforcia de vengarse de Alfonso rey de Nápoles, que había ocupado sus feudos paternos, situados en el territorio napolitano, marchó entonces en contra de él; pero receloso Felipe de su yerno, se entendió con Eugenio IV para quitarle la Marca de Ancona y asedió personalmente á Pontremoli y Cremona. El gran general estaba espuesto de ser víctima de las intrigas de su suegro, cuando los venecianos, considerando como rota la paz de Cavriana, enviaron su ejército á talar el territorio de Milan hasta debajo de sus baluartes (1446). Asustado Visconti de la obstinacion con que veía á Venecia proseguir el proyecto de conquistar la Lombardia, se reconcilió con su yerno, prometiéndole doscientos mil florines de oro para mantener sus tropas y las de Piccinino, que había muerto en 1444 con el pesar de no haber podido engrandecerse, ni obtener gratitud de aquellos á quienes había servido.

Entre tanto los consejeros de Felipe Maria, á quien inspiraba recelos el engrandecimiento de Esforcia, habían hecho ya que le tomara odio (1447), cuando murió detestado de todo el mundo. Como no dejaba hijos legítimos, suscitó numerosos pre-

tendientes tan rica herencia. Hasta esta época no se había regulado en el territorio de Milan el método de sucesion al poder soberano: como en los demás Estados de Italia, poseian unas veces en comun los hermanos, otras se repartian el territorio, algunas un señor sucedía á otro, sin atender á la descendencia del difunto, hasta los hijos naturales obtenian alguna porcion de sus dominios. La casa de Orleans alegaba pretensiones por parte de Valentina Visconti, pero el ducado de Milan no era feudo femenino: ahora bien, todavía tenia menos derecho Francisco Esforcia, esposo de una bastarda de Felipe. No lo podía reclamar el Imperio como feudo vacante, en atencion á que el acto de investidura de Wenceslao no bastaba para hacerlo tal, repudiándolo por otra parte los señores alemanes. Alfonso V de Nápoles presentaba un testamento hecho en su favor por Felipe Maria, pero aunque aquella acta se hubiera considerado auténtica, no se trataba ciertamente de una propiedad que podía uno legar á su antojo. El Milanesado era un territorio libre, reconocido por el tratado de Constanza, y que habiendo confiado el gobierno político á los Visconti, al tiempo de su estincion recuperaba su independencia.

**República ambrosiana.**—Conocieron los milaneses que el derecho estaba en su favor, y desengañados del gobierno de uno solo, renunciaron á él como á una *detestable pestilencia*, para proclamar la *aurca república ambrosiana*, volviendo al antiguo régimen popular. Inmediatamente los capitanes llaman á los desterrados, prohíben blasfemar, dedicarse á ningun juego de azar y gastar armas: intiman á los tahoneros que impriman su sello en el pan, y se ocupan en restaurar las escuelas acudiendo á los mejores maestros (20). Al momento las demás ciudades sacuden el yugo de la metrópoli; Pavia, Como, Alejandria, Novara, Tortona se reforman bajo el régimen popular para gobernarse popularmente, ó eligen señores.

Tres repúblicas poderosas hubieran podido entonces constituirse en Italia, Florencia, Venecia y Milan; reunir de esta manera la rectitud política de la primera, el comercio de la segunda, la magnificencia de la tercera; asociarse la fuerza de los suizos, y oponer una confederacion de pueblos libres al acrecentamiento de las monarquías vecinas. Pero Florencia comenzaba con Cosme de Médicis á doblegarse á la dominacion de un príncipe. Venecia era impulsada á las conquistas por el dux Foscari, y esperando aquella union que mas

(20) Aquella república fué censurada por Corio para adular á los duques, y por Verri á causa del odio que tenía á la Cisalpina, pero creo más bien los documentos de Rosmini, que las irónicas declaraciones de Verri. Leo, entre los errores de que abunda su historia de Italia, dice que Rosmini «por vituperar la república, produce muchas ordenanzas sobre la religion, las ciencias y la policia.» Precisamente lo hace por lo contrario.

tarde efectuaron los austriacos, se aprovechó del momento para apoderarse de Brescia y Bérgamo, codiciando las demás. Milan perdía la costumbre de las armas, y la obediencia le era tan natural, que apenas sobresalía alguno lo proclamaban señor. El talento y el valor de Francisco Esforcia no podían menos de ser muy peligrosos en semejantes circunstancias. Encontrábanse los milaneses abandonados por las ciudades donde se despertaban las antiguas rivalidades, en guerra con los venecianos, con divisiones intestinas, faccionados en grandes partidos, y abrumados con las exigencias de los capitanes aventureros á quienes no se podía ni licenciar ni reducir á la obediencia. En tal conflicto los capitanes de la *aurca república* como si hubiesen olvidado las pretensiones de Esforcia, ó estrechados por los gibelinos, se decidieron á confiarle el mando de las tropas, para que los defendiese contra sus enemigos. Cumplió, en efecto, aquella mision, y triunfó en la guerra de la Marca; pero no era para ellos para quienes trabajaba; por que cuando con brillantes victorias hubo conseguido abatir á los venecianos, que se habían creído en el momento de ocupar el Milanesado y los redujo al mayor apuro, en lugar de aprovecharse de su mala situacion, convino con ellos en abandonarles el territorio de Crema y la Geradadda (1448), á condicion de que le ayudarian á asegurarse la sucesion de Felipe Maria.

No tenía escrúpulo de cometer una perfidia, y Cosme de Médicis, su amigo, le había enseñado que era preciso pensar en su interés antes que en el de otro. Algunos generosos ciudadanos trataron de desbaratar esta union desleal, y escitar á los milaneses á resistir al traidor, al desertor; proclamas en que era difamado fueron enviadas por todas partes, y el duque de Saboya que codiciaba aquella bella adquisicion, proporcionó socorros. Pero Esforcia, tan superior en el arte militar, sostenido además por los venecianos, que vendían á ciudadanos libres para entregarse al peligroso vecino, cercó la ciudad por hambre. Cuando se agotaron todos los recursos, la multitud se sublevó tumultuariamente, derribó á los magistrados populares, y les sustituyó gibelinos, á instigacion de los cuales se entregó á Esforcia para tener pan y tranquilidad.

**Esforcia, duque.**—«Mientras que estaba en Monza, gran número de milaneses iban todos los dias á visitarle, varios recitándole versos y arengas muy elegantes. Después cuando llegó el dia fijado para su entrada... los milaneses habían preparado un carro triunfal, con un palio de tela blanca recamada de oro, y aguardaban de esta manera al príncipe en gran multitud cerca de la puerta del Tesino. Pero Francisco rehusó por modestia el carro y el palio, diciendo que tales cosas eran supersticiones de los reyes. Habiendo, pues, entrado, acudió al santo templo de la Virgen Maria, y se detuvo delante de la puerta para vestirse de blanco desde la cabeza hasta los pies, porque era costumbre de los

duques vestirse de aquella manera cuando tomaban posesion del señorío» (CORIO). De esta manera fué acogido en la ciudad, en medio de las aclamaciones de los que dos meses antes habían prometido diez mil ducados de oro, con otro tanto en tierras, á aquel que le diese muerte, y la monarquía militar se restableció en el Milanesado (1430).

Conduciéndose con destreza, adormeció al pueblo con fiestas, no confió los cargos públicos á sus enemigos y entró en arreglo con los Estados beligerantes: las ciudades que preferían aun una tempestuosa libertad á una servidumbre tranquila fueron sujetadas una tras otra á la obediencia, hasta Como y Bellinzona, las últimas; y comenzó con una nueva política una dinastía nueva, que en medio de los asesinatos y acontecimientos trágicos, debía con mucho trabajo llegar á la sexta generacion. Comprendiendo que *la plebe acostumbrada de nuevo á las armas, se acordaba de su libertad*, Esforcia pensó en construir una ciudadela, pero temiendo mostrar con esto desconfianza, encargó á sus adictos que persuadiesen al pueblo que era una construccion necesaria para el adorno y seguridad de la ciudad. Por más que los más cautos dijeron para oponerse á ello, los otros vencieron, y las parroquias suplicaron al duque edificara el castillo, más fuerte que ninguno que se construyó en llano en Italia.

**Espedicion de Federico III.**—Había que temer algunos obstáculos de parte del emperador. Precisamente en estos momentos descendió Federico III á Italia (1452); pero vendía baratas las antiguas pretensiones imperiales. Iba al encuentro de Leonor de Portugal, su prometida; y el diario de aquellas fiestas manifiesta cuánto, á pesar de tantas desgracias, habían adelantado los italianos á los extranjeros en civilizacion. Nicolás Lanckman, capellan de Federico, se vió obligado, para llegar á Portugal, á disfrazarse de peregrino con su comitiva; y no obstante fueron varias veces despojados por bandas, ó por los comandantes de las ciudades por donde había que pasar (21): felices cuando encontraban algun banquero florentino para proveer su bolsa. En Siena, Federico vió salir á su encuentro cuatrocientas damas de aquella ciudad; á su entrada en Florencia, Carlos Marzupini, secretario de la república, le pronunció una arenga latina llena de frases y vacía de sentido,

(21) *Historia desponsat. et coronat. Feder. III, et conjugis ipsius anctore Nicolao Lanckmano de Falkenstein.* Ap. PEZIIUM, II, 503-602. Los caminos no estaban más seguros en Italia. Cuando Petrarca hizo la primera vez su viaje á Roma, se vió obligado á refugiarse en el castillo de Capránica, hasta que el obispo de Lombes llegó á acompañarle con cien caballeros. Juan Barile, enviado por Roberto de Nápoles para asistir á la coronacion del poeta, fué desvalijado en el camino, y le fué preciso volverse. Juan Villani, III, 80, cita como un gran hecho la llegada á Paris en once dias, por correos de comerciantes, un despacho enviado por el cónclave de Perusa.